

Marta Labraga de Mirza*

Montevideo: una y muchas, cuerpo vivido y soñado

Me están desnaturalizando a Montevideo; lo están cambiando de tal modo, que ya principio a explicarme que se puede vivir en otra parte sin padecer del corazón (...). Se ha apoderado un verdadero frenesí por cambiarlo todo, por hacer la vida agitada, febril, de las grandes capitales, y quitarnos aquella fisonomía clásica de la ciudad colonial, tan tranquila en que se cambiaba el saludo hosteizando.

Alfredo Castellanos, *El Día*, 1906

La capital no tendrá vida de veras hasta que nuestros literatos se resuelvan a decirnos cómo y qué es Montevideo y la gente que la habita.

Juan Carlos Onetti, *Marcha*, 1939

He empezado este texto sobre mi ciudad de muchas formas y en diferentes momentos, imaginándola plural y cambiante a lo largo del espacio-tiempo de mi historia, como entrando en un análisis, como una novela familiar, como formas de vivir un cuerpo que, como el de la anatomía, no tenemos sino somos. Pero también aparecen "otras" Montevideo, vividas, soñadas, sufridas y escritas por otros; otras letras que evoco, y con ellas trato de armar y desarmar mis memorias y mis autorreferencias, mis desmentidas del paraíso infantil, en la búsqueda de puntos de partida para esta enunciación. Como nuestro origen, como el mundo de nuestros padres, como todo lo que nos antecede, la experiencia de nuestra ciudad nos llega mediada por las palabras y los relatos de otros que se van convirtiendo en "nosotros mismos", desde las frases-sentencia familiares a las de la literatura que nos fue descubriendo la ciudad al escribirla, como lo dice Onetti. Mi escritura es resto de otras cosas vistas y oídas, fragmentos, escamoteo decidido de lo lineal e histórico o de un paneo turístico, y responde, parcialmente,

a una de las preguntas primeras que me hago: ¿cuándo supe que era "de Montevideo"? Y no fluye fácil, porque Montevideo, como cualquier ciudad, lleva a una oscura conjunción entre el yo y el nosotros, eso que debe actualizarse, a su vez, en las experiencias con los otros.

No es un saber formal, de registro civil, que constituye sólo un borde de la pertenencia a un lugar de origen, y tampoco es el conocimiento escolar que colectiviza el modelo y borra las diferencias, sino que el intento es comunicar una experiencia íntima y renovada en el tiempo que muestre algo de mi ciudad. Porque nos acompaña a los montevidianos una a veces exaltada y siempre idealizada visión de armonía natural, desde la pequeñez territorial y desde lo que da una geografía privilegiada de puerto natural, o desde su rambla de 21 kilómetros sobre el Río de la Plata y todas sus playas, como capital de un país –tal como describían los textos escolares– de suaves planicies, clima templado y sólo tres millones y poco de habitantes, de los cuales un millón trescientos mil están en Montevideo.



La escuela, como la infancia entera, es un ámbito de gestación de fisuras, hiatos, duelos, oscuridades, pero sobre un trasfondo de paraísos y mitos. Uno de ellos era geográfico con alcance social: el mito de la anulación de las distancias que se enunciaba con "en Montevideo está todo a la mano" y "nos conocemos todos", acompañado del dicho popular "pueblo chico, infierno grande". Desde las realidades del tamaño (Achugar, 1992) se desarrollaron metáforas identificatorias que devinieron mitos ingenuos e inconsistentes de un imaginario social, que, como el mito de la igualdad y la homogeneidad de lo montevidiano y uruguayo, se repiten hasta hoy con todo lo que encierran de falsedad; actualizaciones de lo traumático, que deben escribirse e inscribirse una y otra vez. La fisura vino siempre por el lado de la pobreza, la violencia y la marginación social, y así corre el velo de otros mitos de origen y muestra las diferencias en una sociedad que

se quería totalmente igualitaria, también con su mito de las medianías.

Era también de "su" ciudad perdida que hablaban mis abuelos inmigrantes cuando en sus relatos decían que habían encontrado en Montevideo una ciudad hermosa, a fines del siglo XIX, como muchos de los que hicieron este país aluvional. Cálida y solidaria con los inmigrantes, con más xenofilia que xenofobia, sin desigualdades sociales aparentes en razas y credos, sin indios –exterminados tempranamente luego de la independencia–, con un ambiente social de gran estabilidad y una política civilista, a principios del siglo XX la ciudad y el país se habían abierto a la modernidad. Las reformas sociales muy avanzadas, como la ley de las ocho horas de trabajo o el divorcio por la sola voluntad de la mujer, y muchas más que forjaron el Uruguay moderno, resultaban excesos que amenazaban el modelo conservador, patriarcal y autoritario. La instauración

1. Siempre recuerdo, a pesar de los años, el encuentro casi especular con los analistas de Pelotas, Río Grande do Sul, en una jornada en Montevideo, con los que intercambiamos qué significaba analizar un pueblo pequeño y cómo los cruces transreferenciales que se producían jaqueaban a los analistas.

2. Presidencias de José Batlle y Ordóñez: 1903-1907, 1911-1915.

* Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

de un Estado paternalista y bienhechor que actúa como mediador y redistribuidor de las riquezas, junto con el logro de una educación primaria, secundaria y universitaria gratuita y laica que la diferenciaba del resto de América Latina, y la prosperidad económica favorecida por las guerras europeas, contribuyeron al crecimiento de uno de los más resistentes mitos del país: el "Uruguay feliz", que llegaba al mito de la excepcionalidad. Democrático y estable, celo de los derechos de los ciudadanos y ámbito de una sociedad integradora (Real de Azúa, 1964), Uruguay no pudo ver y no quería ver la decadencia que se anunciaba a fines de los 50.

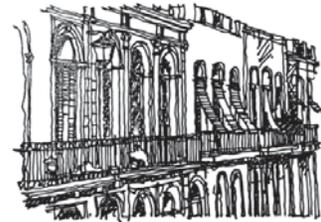
¿Y qué es más costoso para las formas de subjetivación tanto individuales como colectivas: los mitos falseadores en su esplendor o las trazas residuales de su caída? Porque de ellos queda una representabilidad oscura e inasible, un real con efecto inmovilizador frente a las transformaciones necesarias. El mito puede ser represor y conservador en su poiesis de fantasías pero es interpretativo, mientras que su derrumbe arrastra restos imaginarios "sueños" que ficcionalizan fantasías repetidas que impiden el cambio y la pérdida imprescindible de la ilusión. Esa zona borrosa es la que se escucha en el análisis y es la que se escribe. Las ciudades son cuerpos cambiantes gozosos y sufridos como los sujetos que las habitan, y hablar de ellas hace presentes tiempos y espacios en donde no se deslinda la perspectiva desde la que escribe el que las mira y se mira

en ellas; sus fronteras son siempre renovadas e imprecisas. Mario Levrero abre su novela *La ciudad* con la desolada agudeza de Kafka:

Veo allá lejos una ciudad, ¿es a la que te refieres?
Es posible, pero no comprendo cómo puedes avisar allá una ciudad, pues yo sólo veo algo desde que me lo indicaste, y nada más que algunos contornos imprecisos en la niebla. (Levrero, 1977).

Pero la invisibilidad de lo que el país encerraba –su "huevo de la serpiente", que estallaría en la dictadura militar (1973-1985)– era denunciada desde Montevideo por el movimiento obrero, sindical, estudiantil y de intelectuales que reflexionaban sobre las injusticias sociales, la violencia de la pobreza y el estancamiento general, conmovidos profundamente como toda Latinoamérica por la Revolución Cubana. Montevideo condensaba un estilo uruguayo contradictorio que oponía el "mejor no te metás" y el resguardo de la libertad personal con una voluntad militante y abierta a las realidades latinoamericanas y mundiales. Hasta la dictadura con su régimen de terrorismo de Estado y el período de convulsión social, estudiantil y obrera que le precedió, especialmente desde el 68, junto a la irrupción del movimiento tupamaro y la guerrilla urbana antes impensable en Uruguay, Montevideo siguió parcialmente mitificada como una clásica y apacible ciudad, de vida "natural". Y será la fractura de la violencia y el terror y sus largos efectos hasta el presente los que operaron las transformaciones radicales en nuestra sociedad y la caída de aquellos mitos. La migración anterior del campo a la ciudad que la hizo crecer, porque en Montevideo estaban los centros de estudio y las fuentes

de trabajo, tuvo su contrapartida en el exilio de miles de ciudadanos que escapaban de la persecución. Si los inmigrantes que poblaron Uruguay eran gente en duelo de patrias lejanas y de culturas diferentes, desde los 70 muchos uruguayos



que debieron partir entraron en duelo nostálgico por "el paisito" perdido y le cantaron y lo construyeron desde las memorias y la distancia junto al canto popular como manifestación de creciente resistencia.

Nuestro mundo institucional analítico fue también golpeado y muchos miembros abandonaron el país al tiempo que analistas y pensadores en el *insilio*, como Daniel Gil, desplegaron su reflexión para tratar de pensar desde el psicoanálisis los fenómenos del terror y la tortura³ y su impacto en la estructuración subjetiva. Ya en París, Marcelo y Maren Viñar y Edmundo Gómez Mango escribieron su dolor y atendieron a exiliados y migrantes como Guillermo Bodner en España.

Antes de la caída

Desde la literatura, autores de estilos tan diferentes como Onetti y Benedetti habían abierto tempranamente el camino hacia una reflexión identitaria montevidiana, porque la ciudad y sus letras llegaron a una década del 50 atravesada también por un adormecedor *Peor es meneallo* que cuestiona Benedetti (1961), y que alude a las dificultades de los uruguayos para disentir y discutir; muestra un pueblo en que perduraba el arcaizante dicho campesino "Naide es más que naides" de las patriadas, y en el que todos se decían de clase media. No se

perdonaba el exceso o el destaque, y desde la omnipotencia que nace de la pequeñez Uruguay era grandioso como país "petizo" (Achuagar, 1992) y no pequeño, agrandado por soberbia y que, además, de modo terrible, tenía la utopía de recomen-

dar el control de la desmesura y de favorecer la moderación. Después de un esplendoroso 900, Montevideo había quedado desdibujada por cantores y poetas edulcorados e idealizadores que proyectaron en la capital y su belleza apacible los atributos de un país soñado de armonía, como copia muchas veces de estilos europeos y en un intento de dejar atrás, con la sensibilidad "moderna" abriéndose, los años de fiereza de una cultura bárbara (Barrán, 1990) brutal, esclavista, de carnes y aguas servidas tiradas por las cañalatas de las calles aún incompletas en pleno fin del siglo XIX.

La paradoja acompañó a Montevideo desde su fundación: la pueblan con pocas familias inmigrantes traídas de Islas Canarias y, al mismo tiempo, es plaza fuerte y lugar envidiable y estratégico. Buenos Aires era la "reina del Plata" y Montevideo, "la coqueta", "la tacita de plata" (Lautréamont, 1869/2007).⁴ Era "Tontovideo" con sus "tolderías" para Julio Herrera y Reissig (1875-1910), que escribía contra los modelos burgueses y chatos y soñaba con la ciudad en el futuro, con rascacielos y avenidas y liberada de sus conservadoras rutinas y de "los prejuicios aborígenes", "la necesidad patriótica en auge y la soberbia oficial" (Mazzucchelli, 2010, p. 343).

Entremezclando mi mirada con la de historiadores, pienso en los modos menos visibles en que crecía la ciudad, cómo se iban tejiendo como en una novela familiar los perfiles de



3. La lista de artistas exiliados y de escritores es larga y puede ser encontrada en internet. Entre los analistas que debieron irse están Marcelo y Maren Viñar, Edmundo Gómez Mango, Guillermo Bodner, Carlos Sopena, Juan Carlos y Esperanza Plá, Luisa de Urtubey y otros. Daniel Gil escribió *El yo herido* (Gil, 1995), *El terror y la tortura* (Gil, 1990), *El capitán por su boca muere o la piedad de Eros* (Gil, 1999), casi todos en la editorial Trilce, fundada y dirigida en la posdictadura por Pablo Harari, profundamente comprometido con un grupo de analistas, historiadores y ensayistas en la comprensión y elaboración del trauma social.

4. Así los llamó Isidore Ducasse (1846-1870), que usó como su seudónimo Conde de Lautréamont (*Lautré a mont[evideo]*).

calma y mesura con el deseo de protagonismo y excepción en América Latina y con la rivalidad frente a Buenos Aires, la gran ciudad.

Y, al leer a Onetti, es la ciudad contemporánea la que aparece narrada, como el amor quedaba desnudo en la poesía de Idea Vilariño, en una intimidad y soledad que lo urbano permite. Sus personajes ya son más universales, seres hundidos en la melancolía, devastados por la vida y el desencanto de los hombres y de las guerras, hastiados de la moderación y la puerilidad de la familia burguesa, que muestran las raíces del sexo y la degradación de los lazos eróticos. Ese tiempo gris que domina sus relatos en que se cruza lo familiar con lo político y económico, con nombres tan significativos como *El pozo* (Onetti, 1939), *Tierra de nadie* (Onetti, 1941) o *Tan triste como ella* (Onetti, 1976), tiene justamente su culminación en la creación de una ciudad soñada y mítica: Santa María, a trasluz de la real Montevideo, ambigua metáfora del inmovilismo y de las represiones conservadoras. Con Felisberto Hernández (1902-1964) la literatura uruguaya se abre al trabajo del sueño y de la fantasía en un juego metafórico y muy surrealista, aunque su ámbito era montevidiano (Hernández, 1949, 1955). Y con Carlos Maggi (1922-2015), central creador de la Generación del 45,⁵ aparecen los alcances alegóricos de su dramaturgia, como en *El patio de la torcaza* (Maggi, 1967). Todos construyen otra Montevideo con influencias de escritores del siglo XX que les eran contemporáneos.

Psicoanalizar en Montevideo

El azar editorial hizo que este texto se incluyera en este volumen, "Márgenes", pero justamente Montevideo es ciudad capital de un país que estuvo mucho tiempo al margen, al punto que en geopolítica se hablaba de Uruguay como Estado "tapón", con sus tres millones de habitantes entre los colosos Argentina y Brasil, y con un nacimiento provocado por intereses que marcarán su historia. El crecimiento de

Montevideo, tan abierta a lo europeo y con la mirada en Buenos Aires, estuvo siempre pautado por el conflicto entre lo móvil y lo quieto, lo cosmopolita y lo aldeano, entre una polis cultivada y pensante y, al mismo tiempo, conservadora, y una intelectualidad de despliegue cultural, militante en una búsqueda permanente de justificación y de autoafirmación de formas de su identidad. Todos estos aspectos explican parcialmente por qué aquí el psicoanálisis se desarrolló tan sostenidamente. Las tensiones de la ilusión, el ideal y las formas crudas del malestar en la cultura encuentran en el análisis un modo de escuchar sus efectos inconscientes, y todo el Río de la Plata lo necesitaba. Hoy Montevideo es una de las dos ciudades del mundo con mayor concentración de analistas respecto a su cantidad de habitantes. La otra es Buenos Aires. Hace 60 años se fundaba en Montevideo la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) como filial única de la Asociación Psicoanalítica Internacional hasta la actualidad. Desde Buenos Aires llegaron a Montevideo los Baranger (Willy y Madeleine) a analizar, supervisar y dictar seminarios a un mundo de médicos, profesores y maestros ávidos de ser escuchados psicoanalíticamente y de transformar la clínica psiquiátrica de aquel entonces. Formados en París y en Buenos Aires, en el pensamiento de Freud y de Klein, profundizaron en Montevideo la lectura de Lacan y la concepción del psicoanálisis como "artesanía" fundada en un pluralismo teórico que fue de gran influencia hasta nuestros días. Posteriormente, en 1972, los seminarios de Serge Leclaire dictados en APU, desde su pensamiento de discípulo y lector crítico de Lacan, produjeron transformaciones en el posicionamiento analítico de varias generaciones. Y desde allí hasta el presente la apertura a diferentes líneas teóricas del Río de la Plata y de Europa (visitas de analistas invitados o intercambio con analistas de grupos lacanianos) ha ido dando despliegue montevidiano al psicoanálisis. Este se ha abierto en las últimas décadas más allá de las instituciones mismas



que imparten una formación establecida de acuerdo con "estándares" internacionales, y ha alcanzado también los ámbitos universitarios. La nuestra no es una historia de escisiones ni de grupos enfrentados con fervor sino de convivencias discutidas y discutibles. Si bien el cuestionamiento de las formas en que se puede escolarizar y normativizar la transmisión en las instituciones se realiza con fuerza por cada nueva generación, también los modelos retornan y coartan los cambios. Coexisten diferencias teóricas en la concepción del análisis: las neurociencias con su posicionamiento empirista de investigación y las vertientes artísticas de las letras y las ciencias sociales. Desde nuestra cultura de la moderación, los ámbitos medicalizados del psicoanálisis conviven con los que privilegian la frontera con las creaciones literarias y artísticas. Pero también el intercambio social se acrecienta con el trabajo de psicoanalistas en hospitales, y la asistencia profesional en policlínicas de zonas carenciadas (en donde la extensión del delito y la violencia requieren a psicólogos y psiquiatras de formación psicoanalítica) se multiplica.

El nacimiento y el desarrollo del psicoanálisis es urbano, familiar, tiene algo de hogareño, y todos evocamos la casa de Freud, Berggasse 19 en Viena, o la de Lacan, Lille 5 en París. Y en el Río de la Plata, en Montevideo pero también en Buenos Aires o Córdoba, las filiaciones, lo familiar, lo profesional y algunos aspectos de trayectorias personales de los analistas son más o menos conocidos; se difunden sus opiniones en entrevistas de semanarios y revistas y lo que llamamos "mundo psi" consulta y lee; comenta; no hay dudas de que somos todos conocidos. No hay una "Villa Freud" como en Buenos Aires, pero la mayoría de los consultorios están en los barrios Pocitos, Punta Carretas y Parque Rodó, que son zonas de parques y cercanas a la rambla. También –como todo Montevideo– tienen muchos cafés, y el deambular de los analizantes después de las sesiones, con ese deseo de no dejar del todo algo de lo onírico, termina muchas veces en uno de ellos. Y al nombrar estos recorridos los vuelvo metafóricos de lo analítico transformador e itinerante, desde lo privado y secreto.

5. La Generación del 45, a la que Ángel Rama llamó Generación Crítica, tuvo grandes escritores que fueron también periodistas y ensayistas, referentes hasta el presente. Durante una década, al menos, ese peso anterior fue obstáculo para los posteriores, pero la creación literaria en Uruguay no ha dejado de crecer, sobre todo desde los 90, con una dramaturgia emergente, poetas y narradores excelentes y crecimiento del público.

En Montevideo los cafés y boliches forman otro perfil característico de la ciudad, desde el 900, pasando por el mítico Sorocabana que cerró hace unos años y reunió durante décadas a poetas y escritores –o los que querían o soñaban con serlo– en sus mesas de mármol y sillones de cuero. Desde los cristales de sus ventanales se podía ver una imagen característica de Montevideo, en el kilómetro cero de la ciudad: la Plaza Cagancha y la Estatua de la Libertad, los edificios *art déco* con altas y graciosas torrecitas y minaretes, la perspectiva de la avenida 18 de Julio y, en el fondo, el emblemático Palacio Salvo.

Hoy

En el presente Montevideo, vista en relación con las otras ciudades de América Latina y sus ritmos y violencias, puede ser para un analista una ciudad ideal, fácil de recorrer y aparentemente sin obstáculos en una geografía agradable. Sin embargo, es casi otro mito el de la ciudad del “todo cerca”, porque se ha extendido considerablemente y el número de autos se ha multiplicado. Aun así, podemos medir nuestros tiempos de trabajo y traslado sin sorpresas y sus calles son muy “caminables”. Pero esto tan común años atrás se ha vuelto relativo, porque lo que ha sido destruida es la tranquilidad: la ciudad se volvió insegura y latinoamericana, con violencias y fragmentación de sus barrios. Aunque por su tamaño geográfico y social permita todavía algo de ese ritmo diferente, Montevideo hoy ha sido alcanzada también por lo que Marc Augé llamaba “la escala planetaria” de cualquier acontecimiento: ese cambio de escala que provoca en todas las sociedades un malestar generalizado frente al despliegue de la globalización (Febbro, 2011). Y así hoy es una ciudad que se nos vuelve también ajena día a día. Durante la dictadura la ciudad se desdibujó por la arrasadora forma de destruir construcciones y de edificar adioses que tuvo el régimen,⁶ y en el presente es la segregación de la marginalidad y el delito lo que crea barrios enteros que no conocemos.

Si el urbanismo fue en aquel tiempo tan demolido, a la salida de los años oscuros las reconstrucciones se hicieron con vértigo y en desorden, según una mezcla de nuevas concepciones y las leyes del mercado y el consumo. Y esto trajo cambios, color y *shoppings*, pero también división y exclusión. La ciudad dejó de ser un cuerpo más o menos conocido y articulado entre sus distintas partes. Hoy hay zonas enteras que desconocemos, como un cuerpo fragmentado sobre el que siempre alucinamos el miembro amputado. Esos son también los “hilos rotos” de la ciudad (Aleman, 2012), conjuntamente con “los espacios de la memoria” (Ainsa, 2008) que constituyen los lugares y paisajes de la cultura uruguaya y montevidéana. Sólo lo multidisciplinario abarca los modos en que aquella “tacita de plata” se convirtió, primero –y por un largo tiempo–, en severa y gris, y, en el presente, en un mundo fragmentado y parcelado, con hermosos lugares en barrios elegantes, avenidas y reciclajes de buen diseño, y otras zonas profundamente empobrecidas.

Pero, ¿qué es “ser” de Montevideo? Hablo de cambios desde la continuidad de mi vida aquí, y la permanencia hace surgir escenas de una geografía cambiante, tiempos tranquilos y otros muy amenazantes. Conocí muchos barrios mientras enseñaba literatura en liceos distantes, y con las transferencias ya abiertas al estudiar a Freud y Klein en grupos de estudio dictados por analistas argentinos, o en grupos del Hospital Vilardebó o el Hospital de Clínicas, dado que Facultad de Psicología estaba cerrada, al considerarse peligrosa fuente de subversión en una universidad intervenida.

Me asalta una escena de fin de infancia, en vacaciones, en otro lugar –en donde había nacido mi padre–, “afuera”, como se le llama a lo que no es la capital, cuando aún no sabía qué era “ser de Montevideo”. Eso que conocí desde el cuerpo infantil y adolescente en juego, con la sensualidad de caminar por el “interior” del país, jugando con primos y aflorando una seducción temprana despertada por ese sol del campo y la lejanía de la “ciudad”. De golpe, los

amigos del pueblo les preguntan a mis primos, mirándome de otra manera: “¿Tu prima es de Montevideo?”. ¿Significaba “ser de la capital” ser distinta y más linda que las chicas del pueblo? El afecto inmediato fue el misterio de una alegría vergonzosa, y desde ella tendría mucho camino a recorrer. Así, mis recuerdos encubridores me dicen que al volver de esos días miré de otra forma mi cuadra, mi barrio, mi escuela en su último año. A partir de allí, cuerpo representado, afectos y fantasmas se desplegaban juntos y me hacía sentir una Montevideo diferente. Y hasta este presente lo pienso siempre a partir de “otra ciudad” que también soy yo en otro tiempo, no por comparación con otras sino por ese juego de cercanías y distancias y de miradas de otros, porque decir algo de Montevideo es reconocerla, es el hallazgo de un reencuentro. Asaltos de esos “momentos mágicos de libertad ilusoria” (Žižek, 2004/2006), como los que ocurren en el análisis, en donde desde un punto mínimo se abre algo inabarcable, sin fronteras precisas pero que las crea y que nos hace experimentar una ubicuidad de sueño.

Referencias

- Achugar, H. (1992). *La balsa de la Medusa. Ensayos sobre identidad, cultura y fin de siglo en Uruguay*. Montevideo: Trilce.
- Ainsa, F. (2008). *Espacios de la memoria*. Montevideo: Trilce.
- Aleman, L. (2012). *Hilos rotos. Ideas de ciudad en el Uruguay del siglo veinte*. Montevideo: Hum.
- Barrán, J. P. (1990). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Montevideo: Banda Oriental.
- Benedetti, M. (1961). *Mejor es menallo*. Montevideo: Alfa.
- Castellanos, A. (1998). *La belle époque montevidéana*. En G. Gautreau (Ed.), *Montevideo antiguo a través de sus tarjetas postales*. Montevideo: Trilce. (Trabajo original publicado en 1906).
- Febbro, E. (2011). “Para que hoy una revolución tenga lugar, debería situarse a escala planetaria”. Entrevista a Marc Augé. *Página 12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-181684-2011-11-21.html>
- Gil, D. (1990). *El terror y la tortura*. Montevideo: EPPAL.
- Gil, D. (1995). *El yo herido*. Montevideo: Trilce.
- Gil, D. (1999). *El capitán por su boca muere o la piedad de Eros*. Montevideo: Trilce.
- Gómez Mango, E. (2011). *Crónicas de la amistad y el exilio*. Montevideo: Banda Oriental.
- Hernández, F. (1949). *Las Hortensias. Escritura*, 8, 56-100.
- Hernández, F. (1955). Explicación falsa de mis cuentos. *La Licorne*, 5-6, 970-998.

- Lautréamont, C. de. (2007). *Los cantos de Maldoror*. Barcelona: Belacqua. (Trabajo original publicado en 1869)
- Livrero, M. (1977). *La ciudad*. Buenos Aires: Entropía.
- Maggi, C. (n.d.). *El patio de la torcaza*. Recuperado de <http://www.dramaturgiauruguay.gub.uy/obras/el-patio-de-la-torcaza/> (Trabajo original publicado en 1967)
- Mazzucchelli, A. (2010). *La mejor de las fieras humanas*. Montevideo: Santillana.
- Onetti, J. C. (1939). *El pazo*. Montevideo: Signo.
- Onetti, J. C. (1941). *Tierra de nadie*. Buenos Aires: Losada.
- Onetti, J. C. (1976). *Tan triste como ella*. Barcelona: Lumen.
- Onetti, J. C. (2013). *Obras completas* (Vol. 10, p. 28). Barcelona: Galaxia Gutenberg. (Trabajo original publicado en 1939)
- Real de Azúa, C. (1964). *El impulso y su freno*. Montevideo: Banda Oriental.
- Viñar, M., & Viñar, M. (1993). *Fracturas de memoria*. Montevideo: Trilce.
- Žižek, S. (2006). *Organos sin cuerpo*. Valencia: Pre-Textos. (Trabajo original publicado en 2004)



6. Por medio de decretos movidos por intereses económicos, los militares desafectaron propiedades en 1979 que eran patrimonio nacional y demolieron un sinnúmero de edificios públicos.